

—¿Estás bien seguro de que en Acaya gustará?

—¡Lo juro por Pólux!— exclamó Petronio.

Y salió del Palatino muy satisfecho, bien convencido de que el César, cuya vida era una continua adaptación de la realidad á la poesía, tendría buen cuidado de no desperdiciar aquel asunto, con lo cual Tigelino quedaba atado de pies y manos. Sin embargo, esta circunstancia no le hizo modificar su resolución de hacer salir á Vinicio de Roma en cuanto la salud de Ligia lo consintiera. Al ver, pues, á Vinicio, le dijo:

—Vete á Sicilia con ella lo más pronto posible. Nada tenéis que temer por ahora de parte de Nerón; pero Tigelino es muy capaz de recurrir al veneno, no porque os odie á vosotros, sino para vengarse de mí.

Vinicio, sonriendo, contestó:

—Ligia estaba entre los cuernos del *auroch*, y, no obstante, la salvó Cristo.

—Ofrécele, pues, una hecatombe—exclamó Petronio algo ofendido;—mas procura no ponerle en situación de tener que salvarla otra vez... Recuerda como Eolo recibió á Ulises cuando éste volvió á pedirle vientos favorables. Los dioses no gustan de repetir sus actos.

—Cuando haya recobrado la salud, la devolveré á Pomponia Grecina.

—Y harás muy bien, pues Pomponia está enferma, según me ha dicho Antistio, el pariente de Aulo. En tanto, ocurrirán aquí tales hechos que pronto todo el mundo os olvidará, lo cual no deja de ser gran ventaja, pues hoy en día son los más felices aquellos de quienes nadie se acuerda. ¡La Fortuna os sea siempre propicia y os de sol en invierno y sombra en verano!

Petronio, dejando á Vinicio anegado en el piélagos de su felicidad, se fué á ver á Teocles, para informarse del estado de Ligia.

Se hallaba ésta fuera de peligro. El aire puro y los solícitos cuidados iban restableciéndola paulatinamente. Dos días después ordenó el médico que la sacaran al jardín, y como le probara la prescripción, pasaba allí horas enteras. Vinicio le adornó de anémonas y lirios la litera, para recordarle el atrio de la casa de Aulo; y á la protectora sombra de los árboles, cogidos de la mano, platicaban á menudo los dos enamorados acerca de las angustias y de los sobresaltos pasados. Decíale Ligia que Cristo les había enviado aquellos sufrimientos para

transmudarle y purificarle el corazón á él y atraerlo hacia Si. Vinicio convenia en que esto era verdad, y, contemplándose por dentro, bien echaba de ver que no le quedaba en el alma ni sombra del orgulloso y egoista patricio de un tiempo, sin más ley que la satisfacción de sus concupiscencias. A entrambos les parecía que en pocos meses habian transcurrido años y años y que el azaroso y horrendo pasado se hallaba á millares de leguas en el camino de su existencia. Vivian en una serenidad jamás gustada: una nueva vida, feliz, hasta entonces ignota, que derramaba sobre su corazón la suave y santa paz del alma. Podía agravarse la insania de Nerón y llenar la tierra de espanto; pero ellos, como si el monstruo hubiese dejado de ser el señor de sus vidas, no le temian, porque se consideraban protegidos por una fuerza incomparablemente más poderosa.

Una tarde, á la hora del ocaso, oyeron el rugido de los leones y de otras fieras en los lejanos *vivarios*; aquel mismo rugido que en otra ocasión conmovió hondamente á Vinicio, como un funesto presagio; ahora los dos amantes se miraron sonriendo, y levantaron sus ojos al cielo. A veces Ligia, aun muy débil, se adormecía en el silencioso jardín, y Vinicio la contemplaba con ojos extáticos; no dejando de observar, sin embargo, que sus facciones diferian, y no poco, de las de aquella Ligia fresca y sonrosada que habia conocido en casa de Aulo. En efecto, las torturas sufridas en la cárcel y la enfermedad habian ajado su singular belleza; tenia el rostro diáfano, escuálidas las manos, adelgazado el cuerpo, pálidos los labios, y hasta los ojos parecian menos azules que antes. Petronio pensaba muchas veces al verla que, después de todo, aquella «sombra de los Campos Eliseos» no valia los sinsabores, los esfuerzos, las congojas y las ansias que habian estado á punto de matar á Vinicio; pero como éste no amaba ahora el cuerpo, sino el alma de la doncella, la amaba con más ardor que antes.

## VI

La nueva de la milagrosa liberación de Ligia se difundió con rapidez entre los cristianos que habian escapado á las persecuciones, y fueron no pocos los que quisieron ver á la joven

á quien Cristo había dado prueba tan fehaciente de su infinita misericordia. Los primeros en visitarla fueron Miriam y su hijo Nazario, en cuya casa había estado hasta entonces oculto el Apóstol Pedro. Los visitantes escuchaban llenos de asombro el relato que del prodigio hacía Oso, en especial la parte relativa á la voz interior que le había ordenado luchar con la fiera, y todos se alejaban esperanzados de que Cristo no permitiría el exterminio de sus adeptos antes de aparecer de nuevo sobre la tierra para el Juicio Final. Y era muy consoladora para ellos esta esperanza, porque la persecución no llevaba trazas de terminar y bastaba que la opinión pública señalara á alguien como secuaz de Cristo para que fuese inmediatamente preso. De día en día iba decreciendo el número de las víctimas, porque la mayor parte de los cristianos habían ya sufrido el martirio, y de los pocos que quedaban, unos habían abandonado á Roma para aguardar en lejanas tierras á que pasara la tormenta y otros se ocultaban cuidadosamente sin osar reunirse para las oraciones en común, como no fuera en los *arenarios*. Los romanos ya no prestaban fe á la acusación de que los adeptos de Cristo fueran los incendiarios de Roma; pero se les declaró enemigos del género humano y del Estado, y el edicto promulgado contra ellos continuó en vigor y aplicándose rigurosamente.

Durante largo tiempo no se atrevió el Apóstol Pedro á presentarse en casa de Petronio; pero al cabo Nazario anunció su visita. Ligia, que ya podía andar sin apoyarse, salió con Vinicio á su encuentro, y ambos se arrodillaron á sus pies y pidieronle la bendición. El Apóstol les saludó muy conmovido porque, aún prescindiendo del afecto que les tenía, ¡le quedaban tan pocas ovejas del numeroso rebaño que le había confiado Cristo!... Así es que cuando Vinicio le dijo:

—¡Señor, gracias á ti Jesús me la ha devuelto!...—le respondió Pedro:

—No; te la ha devuelto gracias á tu fe y para que no emudezcan todos los labios que alaban su santo nombre.

Y pensó con honda tristeza, al decir esto, en sus innumerables hijos despedazados por las fieras, en el bosque de cruces plantado en la arena del Circo, en las siniestras antorchas de los jardines de la *Bestia*.

Fijáronse entonces Vinicio y Ligia en la decrepitud del Apóstol: en sus cabellos completamente blancos, en su cuerpo

encorvado, en las profundas huellas marcadas en su rostro por la aflicción y los sufrimientos, como si hubiera padecido él solo todos los martirios infligidos á las víctimas de la feroz perversidad de Nerón. Bien se les alcanzaba que si el mismo Cristo había sufrido pasión y muerte para redimir de la esclavitud al género humano, ninguno de sus discípulos podía, en rigor, sustraerse al martirio. Pero á la vista de aquel venerable anciano á quien tanto reverenciaban y querían, combado bajo el peso de los años, de las fatigas, de los padecimientos, sintieron que se les oprimía el corazón; y Vinicio, que se disponía á conducir á Ligia á Nápoles, donde debía esperarles Pomponia Grecina, con objeto de embarcarse luego juntos para Sicilia, suplicó al Apóstol que fuera con ellos.

Mas Pedro, poniéndole una mano sobre la cabeza, respondió:

—Estoy oyendo aun dentro del alma las palabras que me dijo el Señor en las orillas del lago de Tiberiades: «Cuando eras joven, te ceñías tu mismo é ibas adonde se te antojaba; pero cuando seas viejo tenderás las manos, y otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieras.» Debo, pues, seguir la suerte de mi rebaño.

Ellos permanecieron mudos, porque no entendían el alcance de las palabras del Apóstol, quien prosiguió diciendo:

—Se acerca el término de mis fatigas; y no puedo hallar ya el reposo y la paz sino en la casa del Señor... No os olvidéis de mí; acordaos de que os he amado como un padre ama á sus hijos... y vivid para la gloria de Dios.

Y dicho esto, Pedro tendió sobre ellos las escualidas y trémulas manos y les bendijo. Vinicio y Ligia le estrecharon los pies, pensando que aquella era acaso la última bendición que de él recibían.

Pero estaba dispuesto que habían de verle otra vez.

Pasados algunos días, Petronio trajo del Palatino graves noticias. Se había descubierto que uno de los libertos del César era cristiano; y, practicado un registro en su casa, le hallaron las epístolas de Pedro y de Pablo, así como algunas de Jaime, de Judas y de Juan. Suponia Tigelino que Pedro no había escapado á la persecución, que había perecido entre los millares de cristianos martirizados, cuando le informaron de que no solamente él, sino además el Apóstol Pablo, es decir, los dos principales propagadores de la nueva doctrina, vivían y se hallaban en Roma. Esta noticia produjo en el Palatino mucha

inquietud y, por consecuencia, el recrudecimiento del odio que se profesaba allí á los cristianos. Vestinio dijo á Petronio que el mismo César había dado orden de que Pedro y Pablo de Tarso fuesen encerrados en la cárcel Mamertina dentro de tres días, y con este objeto numerosas fuerzas de pretorianos registraban las casas del Transtevere. Se querían arrancar hasta las últimas raíces de la «aborrecida secta» y no se consideraba esto posible sin matar á Pedro y á Pablo.

Vinicio resolvió advertir al Apóstol; y al llegar la noche, él y Oso, envueltos en mantos galos, se encaminaron hacia el límite extremo del Transtevere, situado á la falda del Janiculo, donde estaba la casa de Miriam, en que Pedro se alojaba. Por el camino vieron como los pretorianos, acompañados de algunas personas conocidas, circundaban y registraban las casas. Todo el distrito estaba alarmado: en algunos puntos se aglomeraban los curiosos, y, en tanto, los soldados interrogaban astutamente á los detenidos acerca del paradero de Pedro Simón y Pablo de Tarso. Vinicio y Oso, esquivando á los soldados, llegaron sin novedad á la casa de Miriam en donde encontraron, en medio de un pequeño grupo de fieles, al Apóstol Pedro, á Timoteo, discípulo y compañero de Pablo, y á Lino.

La noticia del inminente peligro les indujo á tomar algunas medidas de precaución. Guiados por Nazario, salieron por la puerta del jardín y se dirigieron á una cueva que distaba unos trescientos pasos de la puerta del Janiculo, llevando Oso del brazo á Lino, quien apenas podía andar, por no habersele soldado todavía las tibias que le quebraron en el tormento. Cuando estuvieron en el subterráneo, considerándose ya más seguros, á la débil luz de una linterna que encendió Nazario, empezaron á discurrir en voz baja sobre los medios de salvar la preciosa vida del Apóstol.

—Mañana al apuntar el alba—dijo Vinicio—Nazario te conducirá á los montes Albanos; iremos á buscarte allí nosotros, para marchar juntos á Ancio, donde nos aguarda una nave que nos llevará á Nápoles y de allí á Sicilia. Día de felicidad será aquel en que pisarás los umbrales de mi casa y bendecirás mi hogar. Plugo á todos el consejo y trataron de compeler al Apóstol con sus súplicas á que lo siguiera.

—Sí, vete, santo Padre; no conviene en modo alguno que permanezcas en Roma, porque á ti te fué confiada la misión de conservar la «Verdad viva», de la que eres maestro, y es pre-

ciso que no perezca con nosotros y contigo. Escucha nuestros ruegos, Padre; oye las súplicas de tus hijos.

—Házlo en nombre de Cristo—dijeron otros, asiéndose del borde de su vestido.

Él respondió:

—Hijos míos ¿quién puede saber la hora que Dios le ha señalado para la muerte?

Pero no se negó en redondo á salir de Roma, pues desde algún tiempo también él estaba indeciso y perplejo, sin saber á punto fijo qué hacer. Su rebaño estaba maltrecho y disperso; derrocada su obra santa; aquella Iglesia de sólidos cimientos, que empezaba ya á elevarse como árbol robusto y frondoso, convertida en polvo por la fuerza brutal, enorme y despiadada de la *Bestia*. Por doquiera no quedaban sino lágrimas y recuerdos de martirios y de muerte; la semilla había dado ópimos frutos; pero diríase que Satanás la había hollado y destruido con sus inmundos pies, y que Jesús había abandonado á sus ovejas, sin enviarles las legiones de ángeles que esperaban para la destrucción del poder ominoso de la iniquidad... Y Nerón, glorioso y triunfante, continuaba imperando sobre el mundo, más terrible y potente que antes, como señor de la tierra y de los mares. Más de una vez el santo Pescador había alzado las manos y los ojos al cielo, preguntando: «¡Oh, Señor, Señor! ¿qué debo hacer?... ¿He de continuar aquí? ¿No descenderás del cielo ¡oh, Dios mio! para defender tu herencia santa, para socorrer á este pobre viejo, dándole fuerzas con que combatir á las potencias infernales, á las que Tú, en tus inescrutables designios, permites vencer y triunfar?» Y desde el fondo de su alma angustiada repetía á menudo: «Las ovejas que me ordenaste apacentar, no existen ya; la Iglesia que quisiste fundar aquí, se halla demolida; solamente ruina y desolación hallanse en tu Ciudad. ¿Qué me ordenas, Señor? ¿Que me quede aquí, ó que vaya á apacentar en otros prados las pocas ovejitas que me quedan, para que en algún remoto lugar tu nombre sea para siempre alabado?»

Y titubeaba. No que no tuviese fe arraigada y firme en que la Verdad triunfaría á despecho de todos los poderes terrenales; mas pensaba á veces que acaso no era llegada la madurez de los tiempos y que quizás no se alcanzaría la victoria hasta que Cristo descendiera de nuevo rodeado de su majestad y de su omnipotencia, para abatir el orgullo y la fuerza del César.

Tal vez acariciaba la idea de que, dejando á Roma, todos los fieles le seguirían, y él los conduciría á su país natal, á los umbrosos bosques de Galilea, á las riberas del lago de Tiberiades, tranquilo y terso como un espejo, para que morasen entre pastores sencillos cual palomas y dóciles como las ovejas que apacentaban por prados cubiertos de nardos y tomillos; y en su corazón iba creciendo un deseo vehemente de soledad y de descanso; la nostalgia de la Galilea, el anhelo de ver otra vez aquel lago de Tiberiades que tan dulces y sagrados recuerdos escondía; y el santo y venerable anciano lloraba, lloraba siempre más copiosa y amargamente... Pero en cuanto se decidía á salir de Roma, sentíase profundamente conturbado y vacilaba de nuevo. ¿Podía sin faltar á los sacratísimos deberes de su divina misión abandonar aquel suelo regado con tanta sangre de mártires, aquel lugar donde tantos moribundos habían dado testimonio de la Verdad? Y ¿por qué únicamente él había de sustraerse á la muerte? ¿Qué le contestaría al Señor cuando Éste le dijese: «A los que murieron por la fe, tú les abandonaste?»

Y así, entre dudas, angustias y lágrimas, transcurrían para Pedro los días y las noches. Los otros, los despedazados por las fieras, los clavados en cruz, los quemados vivos, después de algunas horas de horribles sufrimientos se habían dormido en el Señor; pero el Apóstol no lograba conciliar el sueño, y sufría los martirios más atroces que los verdugos inventaran para tormento de los condenados. Y á menudo doraba ya el alba los tejados de los edificios, y Pedro aún invocaba á Jesús desde lo más profundo de su corazón acogojado.

— ¡Señor! ¡Señor! — decía — ¿Por qué me has enviado aquí? ¿Por qué has querido que fundase tu Santa Iglesia en el mismo cubil de la *Bestia*?

¡Treinta y tres años, desde la muerte del Redentor, sin gozar un instante de reposo. Con el bordón, había recorrido todo el mundo anunciando la «buena nueva.» Los viajes y las fatigas, su ardiente celo, habíanle agotado las fuerzas, y cuando por fin creía haber hecho arraigar en aquella Ciudad, capital del mundo, la doctrina de Cristo, el soplo abrasado de la iniquidad desmoronaba y destruía su obra santa, obligándole á empezar de nuevo la lucha. ¡Y qué lucha! De un lado el César, el Senado, el pueblo, las potentes legiones que tenían la tierra como aprisionado entre círculos de hierro, innumerables y populosas ciudades, regiones sin límites, fuerzas incon-

mensurables, como jamás las había visto el mundo, y de otro lado sólo él, agobiado por los años y las fatigas, ¡únicamente él! que apenas podía sostener en sus trémulas manos el bordón apostólico...

¡Cuántas veces había pensado que eran fuerzas muy débiles las suyas, aun cuando le inspirase y protegiese Dios, para luchar contra el César, y que solamente Cristo en persona podía vencer á éste!

Y ahora, al oír los ruegos de aquel puñado de fieles, de nuevo germinaban en su alma angustiada tales pensamientos. Y los que le rodeaban, á cada momento más persuasivos, repetían:

— ¡Si, aléjate *Rabbi*; sálvate tú y sálvanos á nosotros de la ferocidad de la *Bestia*!

Lino, que todo aquel tiempo había estado callado, levantó al fin su cabeza trémula, y dijo:

— ¡Señor! Cierto que Jesús te confió la misión de apacentar su rebaño; pero aquí no quedan ya ovejas, ni las habrá mañana. Debes ir, pues, adonde las hay todavía: á Jerusalén, á Antioquia, á Efeso, á las demás ciudades ó regiones en que la palabra de Dios germina, y florece, y da frutos abundantísimos y sabrosos. ¿Qué conseguirás permaneciendo en Roma? Con tu muerte harás aún más completo el triunfo de la *Bestia*. Pablo es ciudadano romano y no puede ser condenado sin previo juicio; pero si la saña del Infierno descarga sobre tu cabeza, ¡oh, Maestro!, todos aquellos que andan ahora vacilantes por no haber aun arraigado la fe en su alma, preguntarán llenos de turbación: «¿Quién puede medir ahora sus fuerzas con el César?» Tú eres la piedra sobre la cual está edificada la Iglesia del Señor. Que perezcamos nosotros poco importa; pero en manera alguna debe consentirse que el Anticristo abata al Vicario de Cristo y tú no debes ceder hasta que Dios haya convertido en pavesas al que tanta sangre inocente ha derramado.

— ¿No te persuaden nuestras lágrimas? — le repetían todos.

También Pedro lloraba copiosamente. Estuvo un instante silencioso, y luego, tendiendo las manos sobre los circunstantes, dijo:

— ¡Sea para siempre alabado el santo nombre del Señor y hágase su voluntad!

VII

Al rayar el alba del siguiente día caminaban dos hombres por la vía Appia, de espaldas á la Ciudad dormida, en dirección á los montes Albanos. Era el uno Nazario; el otro el Apóstol Pedro, que abandonaba á Roma y á los que en Roma eran martirizados por profesar la fe de Cristo.

Por el lado de Levante el cielo se teñía de suavísimo color verdoso, con una franja azafranada sobre la línea del horizonte. Los árboles de hojas argentadas, las quintas de blancos mármoles, los arcos de los acueductos surgían de entre las sombras. La luz naciente, trémula é indecisa, transformaba poco á poco las tintas verdosas del cielo en sutil y flotante polvo de oro, mientras asomaba por Oriente la rosada Aurora, envuelta en arreboles é iluminando los montes Albanos, cuya masa violácea se destacaba como envuelta por refulgente aureola. Brillaban las gotas de rocío sobre las trémulas hojas, y disipábase la niebla, ensanchando por momentos el panorama de la vasta llanura con sus casas, cementerios, poblados y bosquecillos, en los cuales blanqueaban las columnas de los templos.

La calzada estaba desierta, pues los labriegos que llevaban hortalizas á la Ciudad aun no se habían puesto en camino; y en el silencio y quietud del amanecer resonaban las sandalias con suela de madera de los dos viandantes sobre las anchas losas de que estaba empedrada la vía hasta los vecinos montes.

En esto apareció el sol, y al mismo tiempo pasmó á Pedro un fenómeno extraño y maravilloso. El disco de oro candente, en vez de seguir su acostumbrada carrera por el firmamento, descendió por las laderas de los montes y se fué aproximando horizontalmente, por el camino.

Pedro se detuvo y preguntó á Nazario:

— ¿Ves la luz esa que por la vía se va acercando á nosotros?

— No; nada veo — respondió el mancebo.

El Apóstol, para ver mejor, hizo pantalla de la mano, poniéndosela tendida sobre las cejas, y al poco rato añadió:

— Alguien se acerca á nosotros en la luz del sol...

No se oía rumor de pasos; profunda quietud continuaba reinando en torno; pero Nazario vió que, á pesar de no sentirse

ni el más leve soplo de aire, los árboles se balanceaban á lo lejos, como si una mano invisible los moviera y que se difundía vivísima luz por el ambiente y la vasta llanura. Sobrecogido y lleno de estupor, el mancebo se volvió al Apóstol, diciendo con voz ansiosa:

— ¡Rabbi! ¿qué tienes?

Había caído el bordón de las manos de Pedro, y éste, con los ojos muy abiertos é inmóviles, miraba delante de sí. En su boca entreabierta, en su rostro beatífico, se reflejaban la maravilla, la alegría más intensa y un éxtasis inefable. De súbito cayó de hinojos, tendió los brazos, y gritó:

— ¡Cristo!... ¡Cristo!...

Y postrado, con la cara casi tocando el suelo, parecía besar los pies de alguien.

Volvió á reinar profundo silencio; al cabo de un buen espacio de tiempo, con voz entrecortada por los sollozos, dijo el anciano:

— ¿Quo vadis, Domine? (1)

Nazario no oyó ninguna respuesta; pero á los oídos del Apóstol llegó una voz dulce, suave y melancólica, que decía:

— Puesto que tú la abandonas, voy yo á Roma para que me crucifiquen otra vez.

El Apóstol permaneció inmóvil sobre la calzada, con el semblante casi hundido en las piedras; Nazario llegó á sospechar que se había desmayado ó que estaba muerto... Pero al fin se levantó, y recogiendo silenciosamente con sus trémulas manos el bordón, volvióse hacia las siete colinas donde se asentaba la Ciudad y hacia ella enderezó sus pasos. Entonces su joven acompañante repitió como un eco:

— ¿Quo vadis, Domine?

— A Roma — contestó con voz suave el Apóstol.

Pablo, Juan, Lino y todos los demás fieles quedaron sorprendidos y llenos de ansiedad al ver retornar al Apóstol, tanto más cuanto que después del alba, luego de haberse marchado, los pretorianos que andaban en su busca habían rodeado y registrado la casa de Miriam. Pero á todas las preguntas Pedro contestaba con sereno júbilo:

(1) ¿Adónde vas, Señor?

— ¡He visto al Señor!

Y á la caída de la tarde de aquel mismo día se encaminó al cementerio del Ostriano para catequizar y bautizar á cuantos querian purificarse con el *agua de vida*. Y lo mismo hizo en los días sucesivos, siempre seguido de una muchedumbre que iba en aumento, como si cada lágrima derramada por los mártires hiciese germinar nuevos prosélitos, cual si cada gemido exhalado en la arena repercutiera en millares de corazones.

El César se bañaba en sangre, y Roma, y aquel putrefacto mundo pagano, eran presa de furiosa locura; pero cuantos estaban cansados ó indignados de tanta demencia y tantas infamias, cuantos se consideraban victimas de la prepotencia romana, todos aquellos para quienes la vida no era más que una cadena continuada de angustias y de sufrimientos, todos los oprimidos, todos los afligidos, todos los infelices, corrían presurosos á escuchar el estupendo relato de un Dios que por amor á los hombres se había dejado clavar en una cruz, rescatando con el precio de su inocente sangre los pecados del mundo.

Y hallando á un Dios á quien poder amar, hallaban lo que el mundo hasta entonces no había podido darles: la felicidad fundada en el amor.

Pedro comprendió entonces que ni el César, ni todas sus legiones lograrían nunca arrancar de cuajo la Verdad; que ni las lágrimas ni la sangre la anegarian jamás; que en aquel punto empezaba su triunfo. Y entonces comprendió también porque el Señor le había ordenado retroceder: la Ciudad de la soberbia y del crimen, de la depravación y de la fuerza, era ya su Ciudad, la Ciudad destinada á ejercer en el mundo un doble magisterio: el de la fe divina y el de la civilización.

## VIII

Llegó al fin para los dos Apóstoles la hora suprema. Como digno coronamiento de su misión terrenal le fué concedida al Pescador la divina gracia de coger dos almas más en sus redes, cuando se hallaba en la cárcel. Los pretorianos Proceso y Martiriano, á quienes se había confiado la guarda del Apóstol, recibieron de manos de éste el bautismo. Vino después el acto del

martirio. Como Nerón no estaba en Roma fué firmada la sentencia por sus libertos Helio y Policteto, á quienes había confiado el gobierno de la Ciudad durante su ausencia. A Pedro le fué infligida antes, conforme á la ley romana, la pena de azotes; y al día siguiente fué conducido á la colina Vaticana, lugar del suplicio.

El asombro de los pretorianos fué muy grande cuando vieron el gentío que aguardaba la salida del Apóstol á las puertas de la cárcel. «¿Cómo, despierta, tanta curiosidad, preguntábase, la muerte de un hombre vulgar, y extranjero por añadidura?» Ignoraban aquellos soldados que no era de curiosos la multitud, sino de correligionarios que se habían congregado para acompañar al Vicario de Cristo al suplicio.

Rechinaron sobre sus goznes las puertas de la cárcel, y apareció Pedro en medio de la escolta. El sol descendía ya por el firmamento en dirección á Ostia; la tarde era tranquila y serena. En atención á sus muchos años y por temor de que se le agotaran las fuerzas, no se obligó á Pedro á llevar la cruz; tampoco le sujetaron el pescuezo con la horca (1), á fin de no dificultar su marcha. Caminaba, pues, sin trabas de ningún género, y los fieles podían verle perfectamente. En el instante de aparecer entre los relucientes yelmos de los soldados la nevada cabeza del Apóstol, la muchedumbre prorrumpió en llanto; pero no tardó en serenarse, porque el semblante del anciano estaba tan lleno de majestad, lo animaba la alegría de tal modo, que ninguno dejó de comprender que no era aquella una víctima que iba camino del suplicio, sino un vencedor que celebraba su triunfo.

Y en efecto, el *Pescador*, cuyo continente había sido siempre humilde, y que en los últimos meses andaba muy encorvado, iba ahora derecho, más erguido que los mismos pretorianos, digno, grave, como un monarca rodeado de sus soldados y de su pueblo.

De cuando en cuando oíase alguna voz que decía: «¡Es Pedro que se va á ver al Señor!» Hubiérase creído que de la conciencia de todos los fieles que le acompañaban se había borrado la idea de que el Apóstol iba camino del martirio y de la muer-

(1) Era costumbre en Roma, como en otros pueblos de la antigüedad, pasear por las calles á los condenados, cuando eran conducidos al suplicio, sujetos por el pezcuezo con una horca.

te. Andaban en actitud grave, recogida, solemne, tranquila, pensando que desde la muerte de Jesús en el Gólgota, nada tan grandioso había acaecido en la tierra, y que si la primera había redimido al mundo, la de Pedro redimiría la Ciudad.

Los transeuntes deteníanse asombrados al ver la noble apostura de aquel anciano. Los creyentes, poniéndose unos á otros amigablemente la mano sobre el hombro, decían: «¡Mirad como va á morir un justo... el que conoció á Jesús y ha predicado al mundo la doctrina de la Caridad!» Y los paganos, después de haberle contemplado un instante, seguían su camino pensando: «Indudablemente, ese hombre no es un delincuente ni un impostor.»

Al acercarse el cortejo, cesaba en las calles todo grito, apagábase todo rumor. Desfilaban soldados y cristianos por entre las hileras de los edificios recién construidos, por entre las blancas columnas de los templos, bajo el cielo esplendente, de un color azul vivísimo, no empañado por la más tenue gasa. El silencio era únicamente interrumpido de vez en cuando por el resonar de las armas ó por el murmullo de las plegarias; plegarias que llenaban de santa alegría el corazón de Pedro, pues apenas podía abarcar con la vista los millares de cristianos que le seguían, y esto le consolaba muy mucho, pues le permitía experimentar la satisfacción del deber cumplido y le daba como una garantía humana de lo que por revelación divina no podía poner en duda, esto es, de que la Verdad por él predicada durante toda la vida después de la muerte de Jesús, sería como ola que todo lo arrasa, sin que nadie ni nada pueda detenerla.

Esta reflexión le hizo levantar los ojos al Cielo y exclamar:

— ¡Señor! Me ordenaste conquistar para Ti esta Ciudad, señora del mundo, y la he conquistado; me mandaste fundar aquí tu Iglesia, y aquí la he fundado. Esta es ahora tu Ciudad, ¡oh, Señor!, y yo voy hacia Ti porque están agotadas mis fuerzas.

Al pasar por delante de los Templos decía:

— ¡Seréis templos de Cristo!

Y mirando á la muchedumbre:

— ¡Serán siervos de Cristo vuestros hijos!

Seguía su camino con el semblante tranquilo y sereno, satisfecho por haber terminado su obra santa, con la majestad del que está seguro de su fuerza. Los pretorianos lo llevaron por el puente Triunfal, reconociendo así, inconsciente é impli-

citamente, su triunfo, y por la Naumaquia y el Circo. Los cristianos del Transtevere se unieron á la comitiva, con lo que se hizo tan compacto el gentío que el centurión jefe de los pretorianos se convenció de que llevaba al suplicio á un alto sacerdote seguido de sus fieles, y se turbó al pensar que era tan escasa la escolta.

Pero ni una amenaza, ni una exclamación de odio salió de entre la muchedumbre que seguía á Pedro. Iban todos los cristianos en actitud recogida, como avasallados por la solemnidad del momento; y algunos, siempre con la idea fija de la proximidad del juicio final, y recordando que á la muerte del Señor tembló la tierra, chocaron las piedras unas contra otras y se abrieron las tumbas, pensaban que acaso la muerte del Apóstol iría también acompañada de terribles señales, ó que ella sería la hora escogida por el Redentor para descender á la tierra y juzgar á los vivos y á los muertos—y oraban con gran fervor, arrepintiéndose de sus pecados.

El cortejo hizo alto entre el Circo y la colina Vaticana. Mientras algunos soldados abrían el hoyo, otros colocaron en el suelo la cruz, los martillos y los clavos, esperando que aquéllos terminaran su faena. La calma era solemne; las colinas y cerros parecían calentarse, sesteando, al sol; la muchedumbre, muda y en actitud recogida, postrábase de hinojos.

El Apóstol, besado por los rayos solares, que formaban en torno de su cabeza como un nimbo de oro, miró por última vez la Ciudad. Allá, á lo lejos, serpenteaba el Tiber, cual ancha cinta de plata; al otro lado se extendía el Campo de Marte, señoreado por el Mausoleo de Augusto; veíanse más abajo los soberbios baños construidos por orden de Nerón; más allá se levantaba el teatro de Pompeyo y detrás de estas grandiosas construcciones una selva de edificios, visibles por completo unos, ocultos en parte otros: pórticos, templos, columnas, y, por último, en lontananza, colinas pobladas de casas: enorme colmena humana que se perdía entre los tonos grises y azules de la niebla; asiento de la iniquidad, mas también del poderío; de la locura, pero asimismo del orden; que dominaba el mundo con el yugo de la violencia y al mismo tiempo con la majestad del derecho y con la paz; omnipotente, invencible, perpetua...

Pedro, rodeado de pretorianos, contemplaba como rey y señor su reino, y mentalmente decía: «Estás rescatado y eres